



Por no
cambiar
un billete

(13 de agosto de 1961)

PLAZA CULTURAL DE
DIARIO DE COLIMA



Ágora

VIÑETAS DE LA PROVINCIA ► 4

2617

DOMINGO 8 DE NOVIEMBRE DE 2020



ESCRIBEN: Salvador Velazco, Adriana Malvido, Carlos Ramírez, Yunuén Cuevas, Ángel Gaona, Jorge Rivas, Brandon Enciso, Ramón Moreno, Julio Zamora y Carlos Caco Ceballos.



La casa-iglesia del diseñador Tas Careaga

Agora

Se vende terreno con edificación en ruinas. Ese fue el anuncio que leyó Estanislao González-Careaga, un diseñador gráfico, informático, pintor y skater, mejor conocido como Tas Careaga, nacido en Venezuela (1984) pero residente de Bilbao, en el País Vasco, desde su primer año de edad. Su intención era comprar una casa de campo, pero cuando acudió a ver la finca anunciada en venta en el municipio de Sopena, descubrió que se trataba de un templo postmedieval, erigido en 1530 con el nombre de Iglesia de Santa Cruz.

A casi quinientos años de haber sido construida y donde infinidad de habitantes de la zona se casaron y fueron bautizados, Tas Careaga lleva más de un año preparándose el café en lo que alguna vez fue un altar, pero no fue sencillo reconstruir en un espacio en el que sólo se conservaban los muros de pie. La techumbre y su interior eran sólo toneladas de escombros.

Para hacer realidad esa locura, sobre todo en las partes más técnicas, contó con la ayuda del estudio de arquitectura Garmendia Cordero, pero fue el propio Tas quien se encargó del diseño de los 160 metros de planta y pisos, así como de la producción: dirigir la obra, elegir los materiales, diseñar y montar la cocina y otros muebles.

Careaga tiró la casa por la ventana para cumplir este sueño que le llevó tres años de trabajo arduo, los ahorros de su vida para diseñar el espacio que anhelaba, donde lo mejor y lo peor de vivir en un sitio de estas características tiene la misma respuesta: estar aislado. Sin embargo, Sopena está a sólo media hora de camino de la ciudad vasca, rodeada por un valle verde en el que desaparece la vida social.

A raíz de esta obra titánica, en la que también aprendió de construcción, a Tas Careaga le han salido encargos para diseñar algunos espacios, incluso, ya tiene en mente otro par de proyectos, uno de ellos otra iglesia aún más grande por la zona.



Leer bajo el volcán



Efemérides de Colima y de México, de Juan Oseguera Velázquez

Carlos Ramírez Vuelvas

Un clásico de nuestra literatura y cultura: *Efemérides de Colima y de México*, de Juan Oseguera Velázquez. Para recordar las fechas destacadas en la historia colimense, para ponerlas en perspectivas en la historia nacional y situar anecdotarios locales (con nuestros nombres célebres y personajes pintorescos), pocos libros como *Efemérides de Colima y de México*, de Juan Oseguera Velázquez. Un par de ediciones que le anteceden, exigen una nueva (difícilmente corregida y aumentada, pero ¡quién sabe!). El atinado subtítulo lo define: calendario cívico, festividades, sucesos diversos y anécdotas. Los invito a leer *Efemérides de Colima y de México*, de Juan Oseguera Velázquez. Los invito a leer literatura colimense.



Cambio y fuera

La democracia según Walt Whitman

Adriana Malvido

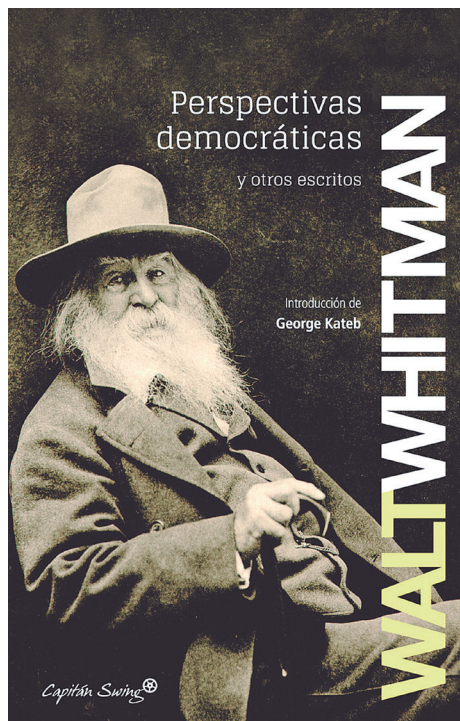
Escribió el poeta: “¿También tú, oh amigo, supusiste que la democracia vive tan sólo para las elecciones, para la política y para el nombre de un partido?”. Walt Whitman imaginó para su país un camino hacia adelante en el que la estética y la composición literaria de obras imaginativas y grandes poemas serían la única alternativa de supervivencia.

“Más que cualquier otro factor, una robusta literatura ha de ser indudablemente la justificación y la salvaguarda (...) de la democracia americana. Pocas personas tienen idea de la medida en que la gran literatura penetra en todas partes, da color a todo, orienta a las masas, forma las personalidades y, por vías útiles, con fuerza irresistible, construye o destruye la voluntad”, escribe el poeta durante la Guerra de Secesión en Estados Unidos, en la que participa como voluntario y enfermero, y después, durante la reconstrucción de su país. Publica el ensayo en prosa *Perspectivas democráticas* en 1870.

Grecia, insiste el poeta, es un ejemplo: son su literatura y su estética “la armazón que les permitió sobrevivir durante cientos y miles de años”.

Para muchos, los factores que determinan la historia —prosigue Whitman— se llaman guerras, encubrimientos y caídas de dinastías, altibajos comerciales, advenimientos de fuertes personalidades, conquistadores... y sin embargo puede surgir una idea nueva, adecuada a la época y adoptada por algún gran escritor para su difusión, capaz de ocasionar cambios, evoluciones, perturbaciones en grado y prolongación mayores que una guerra... un vuelto político, dinástico o comercial.

Por eso, en esa diversidad de razas, climas, ciudades, mentalidades, religiones... que habitan su país y ante el peligro de confron-



taciones entre grupos irreconciliables “debido a la ausencia de una armazón orgánica que los mantenga unidos”, Whitman propone una pléyade de grandes poetas, artistas, maestros... portavoces de la nación, que expresen “todo cuando es nuestro, universal y común a todos los hombres y mujeres de Estados Unidos”.

No es una estética complaciente o entretenida la que sugiere, ni siquiera la más refinada, o aquella que alimenta una cultura general: “Se necesita proveer una pequeña dosis de saludable rudeza, de virtud salvaje, de justificación de lo que tenemos en nuestro interior, sea ello lo que fuere. Las cualidades negativas, aun las deficiencias, serán un alivio (...) en esta etapa de la sociedad cada vez más compleja y artificial”.

Su texto es un espejo del país que mira, argumento contra la mediocridad, la corrupción, la falta de ideales, el arte conformista, la vida cómoda y el materialismo. Pese a progresos materiales asombrosos, observa una sociedad poco educada “tosca, corrompida, supersticiosa y putrefacta”. Un país que anexó Texas, California, Alaska... “como si estuviéramos dotados de un cuerpo cada vez más grande con muy poca o ninguna alma”.

Por eso aspira a la democracia, más allá de lo electoral, como forma de vida, en los entornos públicos y privados, donde bondad, virtud, dignidad, respeto, educación, cultura y conciencia sean pilares civilizatorios. Y “donde pueda desarrollarse y dar frutos y flores la forma más alta de interacción entre los seres humanos”.

Leer a Walt Whitman hoy es un clavado a la aspiración democrática que tanto urge defenderse en Estados Unidos. Y en el mundo.

adriana.neneka@gmail.com

A tientas

Julio César Zamora

¿Por dónde comienzo?

Ese es mi cuestionamiento

cuando estoy frente a ti

Un entresijo exuberante

e inútil cuanto asombroso

El enigma develado

ni lo intuyo ni deduzco

Lo exquisito es recorrer

el sendero ígneo e infinito

hundirme en tus secretos

en la incógnita profusa

de la delicia de explorarte



VIÑETAS DE LA PROVINCIA

Por no cambiar un billete

Don Manuel Sánchez Silva

(13 de agosto de 1961)

Al ser ocupada la ciudad de Colima por las fuerzas revolucionarias, el 19 de julio de 1914, se improvisaron cuarteles en todos los edificios particulares y fábricas susceptibles de alojar tropas.

Eran aquellos los tiempos violentos en que las consideraciones personales quedaban supeditadas a las exigencias de la campaña y se convertía en realidad el viejo refrán de que en tiempo de guerra no hay misericordia.

Entre los lugares que se destinaron a las tropas estuvieron las fábricas de hilados y tejidos de San Cayetano y La Armonía, ubicadas al noroeste de la ciudad, así como el Seminario Conciliar y el Obispado, que por aquel entonces se encontraban, respectivamente, donde ahora se levanta el centro escolar Gregorio Torres Quintero y en el predio baldío que limitan las calles Constitución y Zaragoza.

En el edificio mencionado en último término se instalaron las oficinas de la Jefatura Militar, por lo que innumerables oficiales y soldados, ataviados con las heterogéneas y pintorescas vestiduras de ese tiempo, subían y descendían por las escaleras, entraban y salían por el amplio portón y recorrían ininterrumpidamente los antes silenciosos y casi claustrales corredores, apenas hollados por el paso silencioso y fantasmal de los clérigos que leían su breviario, y que se desvanecieron ante las recias figuras de los hombres de armas, de provocativa mirada y mano pronta.

Al hacerse cargo del gobierno y comandancia militar de la plaza el bien recordado general Juan José Ríos, existía una situación caótica en relación con el papel moneda en circulación, que aparte de no representar ninguna garantía en metálico, provenía de las diferentes facciones en pugna, resistiéndose cada una a reconocer el valor del dinero emitido por las otras.

Semejante anarquía económica había creado una atmósfera de recelo general que dificultaba toda suerte de transacciones, al extremo de que, en la necesidad de vender sus mercancías el comerciante y de adquirirlas el cliente, se volvió al antiguo sistema del trueque: una fanega de maíz por dos cuernos de vaca y un par de zapatos por cuatro kilos de manteca.

Con el propósito de remediar tal estado de cosas, el general Ríos, hombre comprensivo y sensato, mandó publicar unos avisos en los que se declaraba de circulación forzosa todo el billete carrancista con valor inferior a cincuenta pesos y se hacía potestativa la aceptación o rechazo de los billetes de cincuenta pesos o más.

Corría el año de 1916 cuando se expidió la disposición del gobierno militar. que en lo ge-

neral fue bien recibida, pues tendía a limitar los riesgos consecuentes de recibir papel moneda en cantidades ilimitadas.

A los cuantos días de haberse publicado el anuncio, se presentó un oficial en el establecimiento comercial de don Enrique Ceballos, solicitando se le cambiara un billete de \$50.00. Don Enrique se excusó:

-Lo siento mucho, pero no tengo cambio.

El militar clavó su mirada en el comerciante y sin hacer ningún comentario dio media vuelta. No había transcurrido media hora, cuando una escolta hizo irrupción y el jefe de ella se dirigió al señor Ceballos:

-De órdenes de la Jefatura, haga el favor de acompañarme...

-¿A dónde?

-¡A la Jefatura!

En las oficinas militares no se proporcionaron explicaciones al detenido. Se le internó en el "cuarto de banderas", dejándolo solo con sus pensamientos, hasta que un sargento se le acercó:

-Aquí tiene usted un balde y esta escoba, para que riegue y barra la calle.

-¿Para qué?

-Para que riegue y barra la calle. ¿No oyó?

Don Enrique se encogió de hombros; con la entereza que le caracteriza tomó los utensilios y cruzó el dintel, para regar y barrer filosófica y meticulosamente la calle frente a la cual estaba su propia casa.

Cuando hubo terminado su labor, otra escolta le trasladó al Palacio de Gobierno, dejándolo en la Secretaría del Congreso y con centinela de vista. Horas después, como resultado de las gestiones hechas en su favor por amigos y parientes, fue puesto en libertad, sin disculpas ni explicaciones.

Y al comentar el incidente, decía don Enrique:

-No me dijeron por qué me habían aprehendido, pero indudablemente fue por no haber cambiado el billete de \$50.00.

-Lo cual quiere decir -adelantó uno de sus allegados- que de aquí en adelante cambiarás todos los que te presenten...

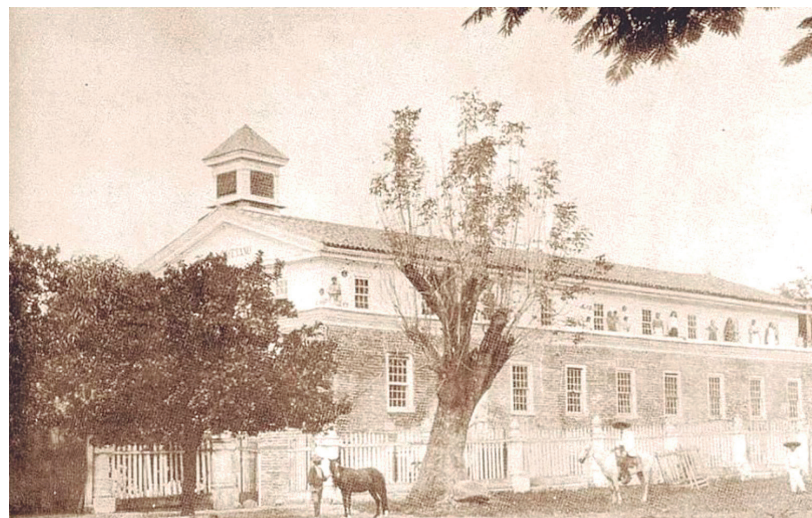
-De ninguna manera. El señor gobernador acordó que sería potestativo recibir o no esa clase de billetes, que para mí no son buenos. Además, debe respetarse lo que determinan las autoridades.

Y no volvió a barrer la calle, pero tampoco a aceptar los famosos billetes.

* Periodista, escritor y fundador de Diario de Colima. †



Semejante anarquía económica había creado una atmósfera de recelo general que dificultaba toda suerte de transacciones, al extremo de que, en la necesidad de vender sus mercancías el comerciante y de adquirirlas el cliente, se volvió al antiguo sistema del trueque: una fanega de maíz por dos cuernos de vaca y un par de zapatos por cuatro kilos de manteca.



Fotografía antigua de la fábrica de hilados y tejidos de San Cayetano.



A las nueve en punto

Necroturismo en Buenos Aires

Salvador Velazco

Visitar cementerios es algo que podríamos hacer no solo durante la tradicional celebración del Día de los Muertos, sino en cualquier oportunidad que tengamos. Los camposantos son espacios que nos permiten, además de honrar la memoria de nuestros difuntos, conocer más a fondo la historia de ciudades y pueblos, así como la manera de entender la muerte por parte de esas sociedades. Muchos de estos cementerios son, asimismo, verdaderos museos con criptas, sepulcros y mausoleos de gran belleza y valor arquitectónico. En las necrópolis podemos conocer también la tumba de personajes ilustres o simplemente pasar la vista por todas esas lápidas con los nombres de los que nos han precedido en el viaje final. En breve, visitar un cementerio es una práctica cultural y un acto de humildad frente al misterio de la muerte.

En los últimos años se ha desarrollado el necroturismo en el mundo porque la gente quiere, principalmente, conocer cementerios que tienen fama por su belleza. Yo mismo procuro visitar las necrópolis de las ciudades a las que viajo; por las razones expuestas, me resultan lugares de gran atractivo. Buenos Aires, fundada a las orillas del Riachuelo en el popular barrio de la Boca y a la que Jorge Luis Borges juzga “tan eterna como el agua y el aire”, es la ciudad que más he frecuentado en América Latina y, como si fuera un ritual, siempre visito sus cementerios.

Definitivamente, al estar en la ciudad donde nació el tango es inevitable no darse una vuelta por los cementerios de la Recoleta y la Chacarita. El primero es donde se ha enterrado a las familias más acomodadas de la ciudad a través de la historia, los grandes estancieros, oligarcas y personalidades de la política. La Recoleta se distingue, además, por la belleza de sus grandes mausoleos de mármol, templos dóricos y finas esculturas que revelan la opulencia de la aristocracia argentina. En la Chacarita, aunque en sus orígenes fue el lugar para darles sepultura a las víctimas de una epidemia de fiebre amarilla (1871), también reposan ahí figuras destacadas de la política, el arte y la música.

La primera vez que fui a Buenos Aires visité el cementerio de la Recoleta. Era el año de 1999. Llevaba fresca en la memoria la lectura de la novela del argentino Tomás Eloy Martínez (1934-2010), *Santa Evita*, publicada en 1995. En esta novela el narrador/detective se propone descubrir la verdad del embalsamamiento y secuestro del cadáver de Evita Perón, la figura quizá más importante del siglo XX en Argentina. El doctor español Pedro Ara, tras la muerte de Evita ocurrida el 26 de julio de 1952, hizo del cuerpo de esta heroína del pueblo una suerte de escultura mortuoria. Evita, quien fue llevada a la sede de la Confederación General del Trabajo, parecía una bella durmiente. Ahí permanecería mientras se preparaba el Monumento al Descamisado, el cual estaba destinado a guardar el cuerpo de la Jefa

Espiritual de la Nación, pero el golpe de Estado que derrocó al presidente Juan Domingo Perón en 1955 cambió los planes. Los militares secuestraron el cadáver y lo desaparecieron por muchos años por el miedo que tenían a que se convirtiera un símbolo de lucha popular.

Desde 1976 el cuerpo de Evita Perón descansa en la Recoleta, al lado de los oligarcas que tanto la despreciaron y contra quienes ella luchó vigorosamente. Frente a la tumba de Evita no pude sino recordar la novela de Tomás Eloy Martínez que cuenta la accidentada travesía del cadáver desde el embalsamamiento hasta su llegada a la Recoleta. Como señala el narrador, Evita está en el fondo de una cripta, “bajo tres planchas de acero de diez centímetros, detrás de rejas de acero, puertas blindadas, leones de mármol” (cito por la edición de Vintage Español, New York, página 390). Esa vez en 1999 deposité una flor en su sepulcro y lo volví a hacer en una segunda visita años más tarde, como un homenaje a la mujer más querida por el pueblo argentino.

En el cementerio de la Chacarita, en 2016, visité la tumba de Carlos Gardel. Su muerte temprana, al igual que la de Evita, causó una verdadera conmoción. Si Evita murió a los 33 años, el otro gran mito argentino, el cantor más famoso del tango rioplatense en el mundo, tenía apenas 44 cuando falleció al estrellarse el avión en que viajaba con sus músicos. El accidente ocurrió en Medellín, Colombia, el 24 de junio de 1935. Gardel había introducido el tango en los teatros, había grabado cientos de canciones, había participado en varias películas (alguna filmadas en Argentina, otras en Estados Unidos y Francia) y era una figura muy admirada en América Latina. El traslado del cuerpo carbonizado del “zorzal criollo” desde Medellín hasta Buenos Aires —no tan siniestro como el de Evita— fue, ciertamente, azaroso. Gardel reposa en la Chacarita desde el 6 de febrero de 1936, después de un largo recorrido en el que su cuerpo fue transportado en vehículos, trenes y vapores.

Cuando se dice que, después de muerto, Carlos Gardel “cada día canta mejor”, es una constatación del cariño y admiración que sienten por él los cientos de miles de sus seguidores. Yo me incluyo. El día que visité su mausoleo no tuve la suerte de encontrar espontáneos trovadores entonando las canciones que inmortalizó Gardel, ni le dejé en la mano de su estatua de bronce un cigarro encendido como lo hacen sus más devotos admiradores. Es más: descubrí que una gran cantidad de personas se dirigían a otra tumba, la del músico Gustavo Cerati, misma que se ha convertido desde 2014 en un centro de peregrinaje en la Chacarita, disputándole la popularidad al famoso cantante de tangos. La tumba de Gardel estaba solitaria. Me alegré de poder estar a solas frente a este gran personaje que, cual ave fénix, resurgió de las llamas de un avión para adquirir una dimensión mítica.



Mausoleo de Evita Perón. Foto de Salvador Velazco.

El día que visité su mausoleo no tuve la suerte de encontrar espontáneos trovadores entonando las canciones que inmortalizó Gardel, ni le dejé en la mano de su estatua de bronce un cigarro encendido como lo hacen sus más devotos admiradores. Es más: descubrí que una gran cantidad de personas se dirigían a otra tumba, la del músico Gustavo Cerati, misma que se ha convertido desde 2014 en un centro de peregrinaje en la Chacarita, disputándole la popularidad al famoso cantante de tangos.



Salvador Velazco visitando la tumba de Carlos Gardel.

La Habanera

Yunuén Cuevas

De manera sutil, la voz femenina que menciona unas palabras en francés, incluso si desconoces el idioma, es un estímulo para mover los músculos del cuello y girar la cabeza de forma que las ondas puedan ser apreciadas más fácilmente por el oído. Seguro que cuando Bizet la visualizó, no imaginó la trascendencia que ésta tendría. No soy experta en música, ni siquiera un aprendiz, sin embargo mi sentido del oído me permite admirarla como muchos en este mundo.

Recuerdo muy bien el momento en que La Habanera, aria de la ópera *Carmen*, compuesta por George Bizet, fue registrada por mi mente en la película de *Up* de Disney Pixar. Y no es sorpresa que Disney haga uso de obras clásicas en sus películas, pero no imagino la cara de asombro y la sonrisa bien delineada de George, al ver el fragmento de Carl Alone en esta maravillosa película. Y a pesar de que las escenas de la película muestran la vida de un adulto mayor en su día a día, hace juego con los portazos, movimientos bruscos pero firmes, y sobre todo la actitud del personaje, afianzándose a la vida de una manera sin igual.

Entonces ahí comenzó mi obsesión con La Habanera. Ese sonido que no podía despegarse de mi mente, me hizo tararearla hasta que en casa pudieron darse cuenta de mi manía. La Habanera de la ópera *Carmen*, ¿te gusta? ¿Que si me gusta? ¡Me encanta! Se apropió de mis sentidos, porque una vez que acaricia al oído, pareciera que las papilas gustativas se despiertan y pudieras saborear el jugo de frutillas rojas en el paladar, mezcla de tenacidad, diversión y frescura, que continúa deslizándose por la espalda como una gota de elixir haciendo presa a la piel.

La búsqueda del fragmento La Habanera inició con la letra *L'amour est un oiseau rebelle* en voz de Maria Callas, tiene algo de osadía, el amor es un pájaro rebelde que nadie puede dominar, si yo te amo ten cuidado, oh el amor. Como Xavier Febrés menciona en su publicación *Pri-*

mera aproximación a la Habanera Cataluña (Febrés, 1990), el ritmo de la habanera fue creado en Cuba (ahora entiendo su relación con La Habana) en el siglo XIX por compositores cubanos. Manuel Castro comenta que desde la llegada de los europeos al continente americano la mezcla de culturas, incluidas las artes como la arquitectura, pintura, baile y música no se hizo esperar, se pudo ver edificios barrocos con materiales o estilos únicos en terrenos americanos, así como podemos ver pinceladas de tonos propios de ciertas regiones del continente recién descubierto, en obras como la de Bizet (Lobo, 1994). Y encontré documentos que exponen cómo la amalgama ha ido creciendo y seguirá aún más conforme los pueblos se vayan conociendo.

En aquel momento hice de mis óperas favoritas a *Carmen* de George Bizet, encontrando múltiples representaciones en las redes, con escenarios fantásticos, trajes espléndidos y qué decir de las voces; ahí conocí la obra dirigida por Rudi Dolezal y Hannes Rossacher en el Festival de Ópera de St. Margarethen en Austria, con más de 400 participantes en escena y música a cargo de la Orquesta y coros del Teatro Nacional de Brno de la República Checa con el director Ernst Märzendaorfer. Es para perderse en una tarde de otoño.

Hablar de manera general de la habanera es transitar a través de pinturas, notas musicales, tradiciones, magia, dulzura y picardía; mencionar a la habanera de la ópera *Carmen* de Bizet es sinónimo de sensualidad. Pero la mezcla con el humor y seriedad del señor Fredricksen de *Up* es perfecta, si una obra pudiera ser fondo de mi día a día elegiría a La Habanera de Bizet.

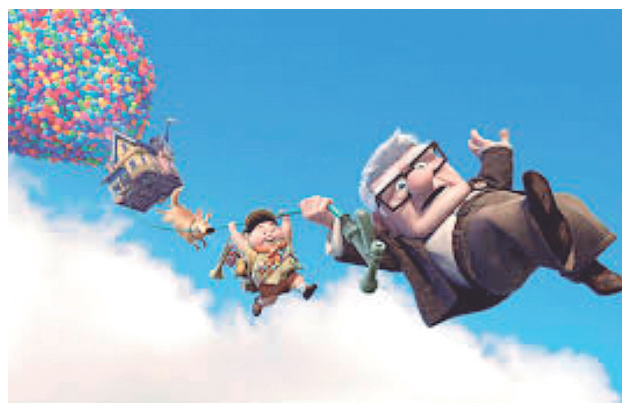
Bibliografía:

Febrés, X. (s.f.). *Revistes. ub.edu*. Obtenido de <https://revistes.ub.edu/index.php/BoletínAmericanista/article/viewFile/12934/16076>

Lobo, M. C. (1994). El aporte de la música latinoamericana a la música universal. *Revista Estudios*, 71-75.



Ahí comenzó mi obsesión con La Habanera. Ese sonido que no podía despegarse de mi mente, me hizo tararearla hasta que en casa pudieron darse cuenta de mi manía. Se apropió de mis sentidos, porque una vez que acaricia al oído, pareciera que las papilas gustativas se despiertan y pudieras saborear el jugo de frutillas rojas en el paladar, mezcla de tenacidad, diversión y frescura, que continúa deslizándose por la espalda como una gota de elixir haciendo presa a la piel.



Salomé

Ángel Gaona

para Alejandra M.P.

“Protectora de hombres”

Entre ruido estridente y alaridos sales de la penumbra maloliente a cruzar la pasarela de los mustios al amparo en unos tacones altos de bailarina exótica

Te distingue un atavío entallado la abundancia de tus rizos y en tu semblante, cierto aire provinciano

Al igual que las otras, aquí te despojas de pudores innecesarios traficas caricias a precio de ganga a los espléndidos les das más de lo que dicta tu conciencia

Tu reconfortante compañía buen remedio para mi desaliento

Como Sherezada enganchas a tu clientela con historias a cambio de fichas y estragos hepáticos

Apelincada en tu instinto aprendes los secretos de un arte milenario

Sin temor a contagiarte sigues aquí laborando

geisha tropical

Subes altiva a la pista

Los macuarros te conminan a quitarte la ropa

sus aplausos no te interesan -secretamente esperas- servida en bandeja de plata la cabeza de tu hombre.

A 500 años de la llegada de los españoles a México (1519-1521)
XXVI



La sífilis traída por los españoles a México III

Ramón Moreno Rodríguez*

Y en efecto, Pedro de Maluenda no pidió más aclaraciones, pero no porque respetara el curioso pudor de Monsaraz, que a pesar de las reticencias decía las cosas. Fue el caso que pasó a todo galope uno de los hombres que hacía las carreras de la vela; ambos se incorporaron al verlo aproximarse. El vigía detuvo momentáneamente su cabalgadura y ordenó: id a hacer la ronda, que los de Guajocingo han vido unos espías de México, e ya los traen para acá. Y en efecto, al poco tiempo pasó por ahí un escuadrón de indios aliados que conducía a tres mexicanos de Tlacopan, a los que los esclavos de Monsaraz identificaron de inmediato por su peculiar tocado y con quienes intercambiaron algunas palabras. El vizcaíno fue hasta los suyos y los interrogó. Estos tepeyacas dijeron que aquellos hombres no eran espías, sino comerciantes de Tacuba que iban a Cholula a comprar chía, pero nadie creyó en sus palabras. A pesar de ello, los dos españoles, portando sus armas, se internaron en el bosque y ordenaron a los suyos que pusieran de nuevo a calentar el agua para cuando regresaran. No habían caminado mucho entre la oscura arboleda cuando el vizcaíno pidió al aragonés que descansaran un poco, y sentado en una piedra dijo:

No he dicho a vuesa merced cómo es que pasé de los baños de azogue a la formación de esa compañía para venir a las Indias. Y es que mi médico, el licenciado Villalobos, que también es hombre rico e harto instruido, me avisó hará tres años que acá en las Indias habían descubierto los nuestros una muy buena cura para esta enfermedad, y es hacer unos cocimientos con unas plantas e unas cortezas que los indios de las islas llaman guayacán, e con ellos limpian las llagas, e también hacen un jarabe con la dicha planta e bébenlo en lugar de beber azogue, e cura muy bien las dolencias y no produce los efectos perniciosos que ya os pratiqué. E yo primero no paré mientes en el asunto y dije al licenciado que yo daba hartas gracias a Dios que hubiera nuevas y mejores curas para estas pestíferas bubas, pero que yo no había menester dellas, porque a la verdad estaba ya curado, a lo cual él me respondió que se holgaba mucho de mi sanación, pero que no porfiara, porque él había vido otros pacientes que se daban por buenos, pero que después de tres e cuatro años volvían a las andadas, e que ya no les salían más aquellas búas, pero que sí les volvían los dolores de cabeza, e calosfríos, e dolor de coyunturas y que harto lloraban pidiendo de nuevo el remedio del azogue, aunque no les dejara éste ninguna muela, e que así, estuviera yo prevenido e mandara comprar el tal guayacán e lo tuviera en mi casa, para que si volvían los males pudiera curarme con él e no con azogue.

E como yo no paré mientes en ello, no se habló más del asunto, e seguimos hablando de otras cosas. E otra vez lo encontré en la lonja de Valladolid comprando sus hierbas e nada más al verme me preguntó cómo

estaba, e yo le dije que muy bien e muy sano, e le plugo mucho mi sanación e dijo más: Dios guarde a vuesa merced muchos años bueno e no lo ál, e más agora, quel tal guayacán que os recomendé, e que de seguro no comprasteis, ya no se consigue más. E a mi pesar, he vuelto a curar a mis enfermos con el tal mercurio, e ruego a Dios que vos no hayáis menester dél. E yo, no queriendo tornar al asunto, le pregunté que por qué andaba por ahí, e me contó de sus compras e yo le conté de las mercaderías de las Indias que de Sevilla llevaba a Valladolid e otros muchos logares, e incontinentemente nos despedimos y no volvimos a vernos en harto tiempo.

E quiso Dios sacarme de tal porfía e ceguedad e aconteció que algunos meses después torné a encontrarme al licenciado Villalobos, agora en Madrid, e después de averiguar mi estado, que seguía siendo bueno, me dijo: mucho he pensado en vos aquestos días. Como sabéis, los físicos habemos necesidad de siempre buscar, donde sea, las plantas y yerbas para nuestro oficio. E por ello supe que los nuestros habían descubierto en este año pasado de mil e quinientos e dieciocho años, unas nuevas islas a las que llamaban Tectetán, o algo así, e hice muchos loores a Dios Nuestro Señor por hacernos a los castellanos tan señalados dones, pues si nuevas islas se descubrían en las Indias, seguro siría que de nueva cuenta habríamos de haber el suso ditto guayacán. E como vos os dedicáis al comercio con aquellas tierras, e conocéis a tantos comerciantes como conocéis por los muchos años que allá habéis vivido, quería proponeros un negocio. E no había pasado mucho tiempo desde que a mí llegó tan dichosa noticia, y andaba yo averiguando dónde andaríais, si en Sevilla o en Toledo, pero rogando a Dios no hubieseis tornado a la isla de Sancto Domingo, cuando otras nuevas llegaron a la corte, y es que las navegaciones del gobernador Velázquez habían sacado en claro que no era aquel Tectetán o Cuzumel, islas, sino tierra firme, e muy grande e doblada, e que en verdad se llamaba todo aquello Culúa, e era una tierra de maravilla. E presto sus majestades nombraron obispo a un dominico que bien conozco, e como sabéis, tengo privanza con la reina e rey, e una vez dije a sus majestades lo del guayacán e las contradicciones para haberlo y lo bueno que sería buscallo en estas nuevas tierras y llevarlo de nueva cuenta a España, que tanta falta hace, pues cada día es muy mucha la gente que se inficiona con este nuevo mal, e que yo tenía a bien ponerme a buscallo y hacer todo lo que en mí fuera para salir con mi propósito e que todo mundo se beneficiaría de tan miraculoso árbol. E sus majestades me dijeron que si tal hacía, muy grand servicio haría yo a los reinos de España. (Continuará)

*Doctor en literatura española. Imparte clases en la carrera de Letras Hispánicas en la UdeG, Cusur.

ramonmr.mx@gmail.com

Sobre Etgar Keret

Brandon Enciso Alcaraz

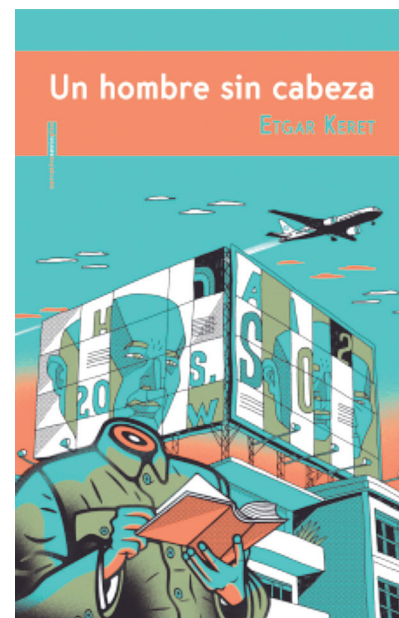
Tení yo, en tiempo A. Cov. (Antes del Covid), la tradición de ir cada año a la Feria Internacional del Libro en Guadalajara con cuatro objetivos específicos: comprar un libro de un autor de mi preferencia, un libro de un autor del país invitado, un libro de un autor del que no supiese nada, y comerme una torta ahogada.

Mi economía estudiantil sin embargo no me permitía tanto lujo, así que por lo general me limitaba a cumplir la mitad de esas tareas autoimpuestas, por lo que, en un año en que fue Israel el país invitado, maté dos pájaros de un tiro comprando, en uno solo, un libro de un autor desconocido y del país invitado. Huelga decir, por cierto, que ese año la torta me hizo mal, pero esa es otra reseña.

De Etgar (sí, con T) puedo decir en mi incipiente experiencia que es un Cortázar nacido en otra nación, y aderezado con todo lo que ello implica, y el libro que de él escogí, titulado *Un hombre sin cabeza*, se ha vuelto una recomendación más que segura para quienes me han pedido algo para leer, pero carecen del tiempo que requiere una novela.

En este volumen, Keret aborda varios cuentos donde lo fantástico se mezcla con la exótica cotidianeidad de un país tan lejano como lo es Israel, y tenemos historias entrañables, breves, bien escritas y desarrolladas, donde sus personajes viven desventuras tan absurdas como aquella donde un hombre tiene que afrontar que el amor de su vida padece de un extraño polimorfismo que lo lleva a convertirse por las noches en un hombre bajo y regordete que disfruta ver el fútbol y beber cerveza.

Pero el humor extraño y lo



inverosímil en la obra no paran, y somos atacados por *jet lag*, donde un hombre cuenta la historia de una azafata que se enamoró de él y luego lo tiró del avión en paracaídas, explicándole que cada tanto la aerolínea hacía caer uno con suavidad para asustar a la gente y que se tomaran más en serio las medidas de seguridad en los vuelos, todo ello con una niña/enano traficante de drogas buscado por la Interpol de fondo.

Incluso, el autor se da la oportunidad de visitar la ciencia ficción en su texto. Un pensamiento en forma de cuento, donde se nos habla que existía en la luna una gran urbe cuyos habitantes eran capaces de dar forma a sus pensamientos, así que podían tener pensamientos en forma de cazuela o pantalones, e incluso ser abstractos y llevar promesas de fidelidad con forma de jarrón, una civilización que creó sus propias normas y que luego, terminó por destruirse a sí misma al pensar en nada.

Tardaría, pues, demasiado en resumir todos los cuentos tan solo de este volumen del autor, así que, espero en verdad, estos breves comentarios sean invitación más que suficiente para que usted les busque por su cuenta, los pruebe, y sea quien decida si son o no lo suyo.

DE LEJOS Y A MI ALREDEDOR

Otros dichos, pensamientos, versos y aforismos

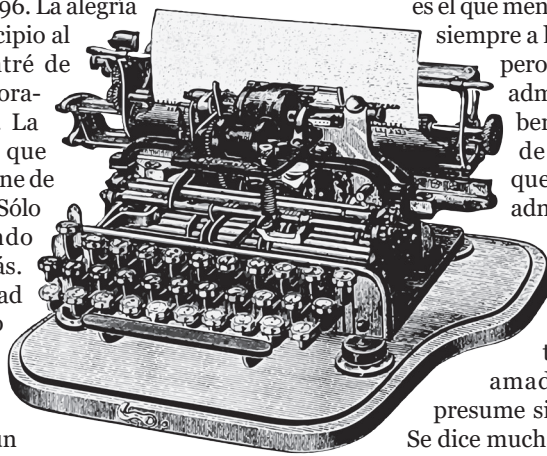
Carlos Caco Ceballos Silva

INVIERNO 1996. La alegría desde el principio al fin, la encontré de nuevo en el corazón de una amiga. La única felicidad de que disfrutamos, proviene de lo que hemos dado. Sólo se es feliz, haciendo dichosos a los demás. Dios deseó la felicidad del mundo, por eso creó la amistad. Para todos, jóvenes o ancianos, la vida es lucha, no un camino de rosas. Las palabras más bellas son las que dicta el corazón. Siempre bondad y cosecha amistad. El camino hacia la amistad es largo. Cristo nos dio un solo mandamiento, el del amor.

Las cualidades intelectuales hacen los rivales, las del corazón no hacen sino amigos. Nunca sabremos todo el bien que una sonrisa puede hacer. Ayudar a los demás, es una gran expresión de amor. Todos los razonamientos de los hombres, no valen un sentimiento de mujer. Los mejores círculos no son los mayores, sino los mejor trazados; asimismo, la mejor vida no es la más larga, sino la más rica en buenas acciones. El prudente duda de lo suyo; el necio lo aplaude todo. Señor, tú que nos has colmado de dádivas, misericordiosamente concédeme algo más, un corazón agradecido.

Hay personas que reflejan en su rostro que pasaron por la vida, y otras, que la vida pasó por ellas. Amor... Cuando me ames, verás que no hay razón para amarme. Creer en la victoria, es ya tenerla ganada a medias. El tonto tiene sobre el hombre de genio una gran ventaja: la de que siempre está satisfecho de sí mismo. Hace falta más sensibilidad para gozar de la bondad, que de la malicia. Las decisiones extremas son la tentación de los indecisos. La abnegación no tiene todo su valor sino cuando es ignorada, o hay testigo para aplaudirla. No basta con tener las manos limpias, hay que tener limpio también el corazón.

La verdadera dicha tiene tanto de sacrificio como de alegría. El consejo rara vez es bien recibido, porque el que más lo necesita,



es el que menos lo desea. Amamos siempre a los que nos admiran, pero no siempre a los que admiramos. Los que saben mucho, se admiran de pocas cosas, y los que no saben nada, se admiran de todo. La abnegación ennoblece aun a las personas más vulgares. La mujer que ama, teme siempre no ser amada; la que no ama, presume siempre de que lo es. Se dice muchas veces que una pelea entre amigos es el producto de un malentendido; no es cierto, es la liquidación de un malentendido.

No hay cosa más bella, que la alegría en un semblante viejo. Cuando pedimos consejo, lo que esperamos a menudo es más bien aprobación. Compra siempre lo necesario, no lo conveniente; lo innecesario aunque cueste sólo un céntimo, es caro. La mujer no se mira para verse, sino para saber cómo es vista. Una de las ventajas del matrimonio es que no se puede cometer esa estupidez sin que nadie se entere. Los aperitivos y botanas son cosas inventadas para despertar el apetito... pero como nos sirven en gran cantidad acaban con él.

La Biblia nos manda amar a nuestros vecinos, agregando que amemos a nuestros enemigos. Ambos mandatos están juntos, porque casi siempre vecino y enemigo son la misma persona. El caníbal es un asesino que tiene una excusa: comer. La confesión es magnífica para la tranquilidad de su alma, pero malísima para el propio acusado.

Una crisis es una depresión que abrimos a fuerza de prosperidad... Un hombre que nunca ha ido a la escuela es capaz de robarse un bulto de un carro de carga; pero si tiene instrucción universitaria es capaz de robarse todo el ferrocarril. Lo que el país necesita es que cada peso valga un dólar, así de sencillo... Agradezco a la señora Amakro de Alexander su estimable colaboración al mandarme la mayoría de los pensamientos anotados en esta publicación.

* Empresario, historiador y narrador. †

¡Que sufran los vivos!

Jorge Rivas

Don Fausto padecía, aparte de una arrogancia extrema, un humor sarcástico. Andaba de arriba abajo, a pesar de tener casi cien años. Caminaba por ahí y por allá, de la panadería al centro cultural, de la tienda de abarrotes a la tintorería; todos los días se le podía ver deambulando por Pueblo Alegre.

La gente de ahí lo conocía desde que eran unos niños, y sabían perfectamente, por advertencia de sus padres, que Don Fausto era un gruñón cuando se lo pretendía, por lo tanto, la mayoría de los dueños de los locales que él solía visitar día con día, se limitaban a sólo atenderlo sin necesidad de dirigirle la palabra al anciano decrepito y misántropo. Sólo había uno que no le importaba recibir una mala contestación de Don Fausto y su nombre era Servando, el barrendero del pueblo.

Si Servando miraba a Don Fausto caminar cerca de él, lo saludaba con ahínco; el anciano al mirar esa acción, le ignoraba. Y cuando era de noche, y se encontraban transitando por las callejuelas de Pueblo Alegre, Servando le gritaba: "¡Que descanse, Don Fausto! ¡Buena noche!". A lo que Don Fausto sólo respondía indiferente y sarcástico: "¡Que descansen los muertos!" y seguía caminando.

Y así eran todos los días. Un hábito de ambos por décadas. Servando, más que por educación, lo hacía para molestar al viejo. Ese Servando poseía un gran sentido del humor; siempre alegrando al pueblo, lo contrario a Don Fausto. Sin embargo, al viejo no le molestaba del todo lo que hacía Servando, le daba por su lado.

Lo que realmente lo hacía perder los estribos eran los niños, y más los preguntones; de ahí el motivo por el

cual no tuvo hijos, al igual que nunca se casó. Le gustaba su soledad. Soledad que hasta hace un par de días, no lo había llevado a sentir preocupación: por primera vez en 99 años, se sentía solo. Pensó que era una tarde nostálgica y se fue a dormir.

Por la mañana, despertó siendo otro; se sentía lleno de un rigor vitalicio; una energía fortísima que recorría hasta la parte más pequeña de su ser. Arregló su casa, desempolvó sus álbumes fotográficos de sus familiares y los recordó: a su padre, madre y hermanos, los cuales ya habían perecido.

Contento y con una tranquilidad que antes no había sentido, salió de casa por la tarde y caminó por todo Pueblo Alegre; no hizo contacto con nadie, sólo anduvo caminando. Cuando el sol estaba por ocultarse, observó a Servando en una acera, creyó que era hora de dirigirle por lo menos la palabra, después de décadas ignorándole. Servando estaba barriendo con su escoba de ramas. El anciano se acercó discreto y pasó de largo junto al barrendero; a unos metros de él, Don Fausto diría: "¡Qué descansen los muertos...!"

¿A quién le contestó cuando Servando no dijo nada? El barrendero seguía en lo suyo recogiendo basura. Saludó alegremente a Doña Angelina, que era transeúnte en la acera contraria. Don Fausto respiró y se fue confundido.

Asustado, entró rápido a su casa y se dirigió a su cuarto... y se vio, con un rostro de agonía, tendido sobre el suelo de su alcoba, y en su mano, su envase vacío de salbutamol. Pensó y recordó lo que había sucedido de madrugada, mientras dejaba escapar un suspiro. Y dijo: ¡Que sufran los vivos!